



El abandono de la palabra: perecer por el silencio

Con base en el libro de George Steiner, la Licenciada Glafira Espino, profesora de Lingüística de nuestra Escuela, reflexiona acerca de los cambios que se han dado a lo largo de la historia en el uso del lenguaje; de cómo las formas de lenguaje no verbal han ido ganando terreno, al grado de que la comunicación lingüística ha ido perdiendo su magia hasta llegar quizás, a “perecer por el silencio”.

Glafira Espino Garcilazo

“El abandono de la palabra” (1), es un interesante trabajo con un claro rigor metodológico, carácter erudito y honestidad intelectual, que goza de suma frescura en el lenguaje y de una extraordinaria vigencia, pese a que fue escrita, hace ya tres décadas. George Steiner, autor de la obra, estructura su exposición en tres apartados, mediante los cuales nos explica cómo la sociedad moderna ha entrado en un proceso de abandono de la palabra, simplificándola y empobreciéndola cada vez de manera más peligrosa, a tal grado que pareciera que el lenguaje —la gran conquista del hombre que le ha permitido conocer, conocerse y comunicarse con sus semejantes a través del tiempo y el espacio— camina irremediabilmente hacia su extinción y completa desaparición, amenazando con ello su propia existencia de manera trágica y absurda.

Para mostrarnos cómo se ha venido dando ese fenómeno social, Steiner hace un recorrido a través del tiempo para acceder a la comprensión y reflexión en torno a los cambios que han ido teniendo las distintas disciplinas del conocimiento: exactas, naturales y humanísticas con relación a las transformaciones sufridas en sus lenguajes y expresiones, así como en sus acercamientos y/o alejamientos. Ello, con la finalidad de hacernos conscientes de la pérdida y disminución del lenguaje comunicativo entre mayorías y de su subsecuente complejización y empobrecimiento al mismo tiempo. Así, rememora siglos pasados, personajes del mundo de las diversas ciencias y artes, su manera de hablar, escribir y comunicarse con los demás, empleando distintas formas comunicativas científicas o artísticas, en donde unas

formas están claramente separadas, en tanto que otras se interrelacionan, se entremezclan, se confunden.

Vivimos dentro del acto del discurso, pero ello no significa que la matriz verbal sea la única en donde se conciba la articulación y la conducta del intelecto. Hay modalidades de la realidad intelectual y sensual que no se fundamentan en el lenguaje, sino en otras fuerzas comunicativas, como la imagen o la nota musical. Y hay acciones del espíritu enraizadas en el silencio (2). En ciertas metafísicas orientales, en el budismo y en el taoísmo, se contempla el alma como si ascendiera desde las toscas trabas de lo material, a lo largo de ámbitos perceptivos que pueden expresarse en un lenguaje noble y preciso hacia un silencio cada vez más profundo. El más alto, el más puro alcance del acto contemplativo es aquel que ha de conseguir dejar detrás de sí el lenguaje. Lo inefable está más allá de las fronteras de las palabras. Sólo al derribar las murallas de la palabra la observación visionaria puede entrar en el mundo del entendimiento total e inmediato. Cuando se logra ese entendimiento, la verdad ya no necesita sufrir las impurezas y fragmentaciones que el lenguaje acarrea necesariamente. No tiene por qué adecuarse a la concepción ingenua, lógica y líneas del tiempo, implícita en la sintaxis. En la verdad última, pasado, presente y futuro se abarcan simultáneamente. La estructura temporal del lenguaje los distingue artificialmente. Este es el punto crucial.

En fin, desde la antigüedad, tanto en algunas tradiciones orientales como en algunas de occidente existen ejemplos





claros de trascendencia del lenguaje hacia el silencio. Un ejemplo claro de éste último, lo observamos en la obra de Dante, *"La Divina Comedia"*. Hay grandes áreas de la significación y de la praxis que ahora pertenecen a lenguajes no verbales como las matemáticas y la lógica simbólica, y a fórmulas de relaciones químicas o electrónicas. Otras áreas pertenecen a los sublenguajes o antilenguajes del arte no

objetivo y de la música concreta. El mundo de las palabras se ha encogido, el círculo se ha estrechado terriblemente. Esto significa claramente que hoy se emplean menos palabras que en el pasado. Y que además, tal y como pinta el futuro, este proceso seguirá de manera irremediable. Ejemplos de ello hay muchos. La concepción cultural del pasado era más amplia que la nuestra. El verdadero problema radica (según el autor) no en el número de palabras disponibles, sino en el nivel en que se utiliza el lenguaje el uso corriente actual. Por ejemplo, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, el uso básico de palabras se reduce a 34 y los medios de comunicación actuales para ser entendidos en todas partes, han reducido el inglés a una condición semialfabeta. El lenguaje de Shakespeare o de Milton pasó a la historia, pertenece a una etapa de la misma, en que las palabras tenían un dominio natural de la experiencia. El escritor de hoy tiende a usar cada vez menos palabras y más simples, porque la cultura de masas ha diluido el concepto de cultura literaria.

Esta disminución es el hecho de que la imagen del mundo se esté alejando de los tentáculos comunicativos de la palabra, lo cual ha tenido su repercusión en la calidad del lenguaje. En el siglo XVI y aún en el XVII era grande el milagro de la palabra impresa. Pero hoy se observa como un instrumento comunicativo gastado por el largo uso ya que los imperativos de la cultura y la comunicación de masas le han obligado a desempeñar papeles cada vez más grotescos. Y hoy, como resultado tenemos un público de masas semialfabeto que la democracia moderna ha reunido en las plazas, a quien se comunica con un lenguaje "oficialista", "corrupto" y "disminuido" o "empobrecido". La toma del poder político y económico por los semicultos ha traído consigo una reducción de la riqueza y de la dignidad del idioma.

Ya sea que una disminución de la fuerza vital del lenguaje mismo contribuye a la mengua de los valores morales y políticos, ya sea que la reducción de la vitalidad del organismo político socava al lenguaje, lo cierto es que en el mundo se está gestando un nuevo analfabetismo, pues el

instrumento de que dispone el escritor moderno está siendo claramente amenazado por restricciones externas y por decadencia interna.

Con respecto a la crisis de los medios poéticos, ésta comenzó a fines del siglo XIX. Surgió de la conciencia de la brecha entre el nuevo sentido de la realidad psicológica y

Steiner hace un recorrido a través del tiempo para acceder a la comprensión y reflexión en torno a los cambios que han ido teniendo las distintas disciplinas del conocimiento...

las antiguas modalidades del discurso retórico y poético. A fin de articular la riqueza intelectual que se le había abierto a la sensibilidad moderna, una serie de poetas quiso romper los límites tradicionales de la sintaxis y la definición. Rimbaud, Latréaumont y Mallarmé, buscaron de esta forma devolver a la palabra el poder del encantamiento. Empero, para esto se necesita de mucho genio y creatividad y han surgido algunos "poetas" que han pretendido lo mismo pero no lo han logrado. Con el tiempo se ha visto que los poetas modernos usan las palabras como una

notación privada cuyo acceso le resulta cada vez más difícil al lector corriente. Tanto Rimbaud como Rilke, por ejemplo, utilizaron el lenguaje de manera nueva a fin de pasar de lo real a lo más real. Pero, en manos de seres menores o de impostores, el intento de hacer un lenguaje nuevo se empequeñece en la esterilidad o la oscuridad.

Hoy por hoy, en Estados Unidos y en Europa (extendiéndose de ahí a otras partes del mundo), la nueva cultura es más musical que verbal. El disco de larga duración ha revolucionado el arte del ocio. La nueva clase media de la sociedad opulenta lee poco, pero oye música con placer de conocedora. Donde antes había muchos libros y bibliotecas están los discos musicales. Claro que esto tiene sus explicaciones en la existencia de nuevos contextos y realidades que pueden analizarse a fondo pero lo cierto es que el sonido musical y en menor medida la obra de arte y su reproducción, empiezan a ocupar en la sociedad culta un lugar que antes estaba firmemente sostenido por la palabra.

El raquitismo del lenguaje, ha condenado a la mediocridad a buena parte de la literatura moderna. Empero, plausiblemente, en medio del abandono de la palabra en la literatura, ha habido algunas brillantes acciones de retaguardia o de defensa. Destaca el contraataque más exuberante lanzado por escritor alguno contra la reducción del lenguaje: James Joyce. Después de Shakespeare y de Burton la literatura no había conocido semejante goloso de las palabras como es Joyce. Él comanda grandes batallones de palabra, recluta nuevamente palabras de hace tiempo olvidadas y oxidadas, llama a filas otras palabras nuevas convocadas por las necesidades de la imaginación. Pero, la-





Flautista

mentablemente esta batalla ganada tuvo escasas consecuencias positivas ya que no suscitó ningún enriquecimiento adicional. Por el momento, la proeza de Joyce es un monumento, no una fuerza viva. Otra acción de retaguardia ha sido la de Faulkner, cuyo lenguaje tiene una penetración y una sensibilidad vital que todo se lo llevan por delante. Un acto de elocuencia donde el acto constituye la definición misma del escritor. Otro más es el caso de Wallace Stevens, un poeta retórico por naturaleza que veía el lenguaje como un ademán ceremonioso y dramático. Amaba el sabor y el fulgor de las palabras.

Pero la literatura representa sólo una pequeña parte de la crisis universal del lenguaje. El escritor vigila y plasma el idioma, pero no puede hacerlo solo. El papel del poeta en nuestra sociedad y en la vida de las palabras se ha reducido

grandemente. La mayoría de las ciencias están totalmente fuera de su alcance y sólo puede imponer en un repertorio estrecho de humanidades el ideal de un discurso inventivo y claro. Empero, esto no debe significar, pensando de una manera positiva que debamos continuar por esta senda, aunque hay quienes tienen pocas esperanzas. J. Robert Oppenheimer ha observado que la ruptura de las comunicaciones dentro de las ciencias es tan grave como la que hay entre las ciencias y las humanidades. Por doquier, el conocimiento se fragmenta en especializaciones fervorosas conservadas por códigos técnicos que día a día se alejan más de la capacidad de la mente individual. Nuestra conciencia de la complicación de la realidad es tal que esas unificaciones o síntesis de entendimiento que hicieron posible un lenguaje común han perdido su eficacia. O funcionan solamente a nivel rudimentario de la necesidad cotidiana. Y aún Oppenheimer va más allá, al señalar que el intento mismo de tender puentes entre los códigos es falaz. Ello lo lleva a declarar que lo que se necesita es una modestia tajante, la declaración de que el hombre común no puede, en efecto, entender la mayoría de las cosas y de que las realidades que puede conocer incluso un intelecto de elevada educación son cada vez más escasas y más distantes entre sí.

Con respecto a la ciencia, el autor alude que esta opinión sombría parece inobjetable y quizá condena a la fragmentación a la mayor parte del conocimiento. Pero, asevera que no debemos estar dispuestos a acatarla para el caso de las disciplinas o "ciencias" humanísticas como es el caso de la historia, la ética, la economía, la filosofía, la sociología, o en el análisis y la formulación de la conducta social y política. Aquí, la cultura literaria debe reafirmar su autoridad contra la jerga. Por último, concluye su trabajo diciendo que: **"Mientras no podamos devolver a las palabras en nuestros periódicos, en nuestras leyes y en nuestros actos políticos algún grado de claridad y de seriedad en su significado, más irán nuestras vidas acercándose al caos. Vendrá entonces una nueva edad oscura"**. La perspectiva no es remota, pues, como considera R. P. Blackmur: **"Es posible que el futuro no se exprese con palabras... de ninguna índole, pues el futuro puede no estar ilustrado en el sentido en que entendemos o en que los últimos tres mil años han entendido el término"**. Y aún más, otro poeta hablaba de: **"Perecer por el silencio"**.

¹ Steiner, George. "El abandono de la palabra" (1961). En: *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*. España, Gedisa, s.f., p. 28-55.

² Aunque aquí no se abordará, como sabemos el silencio también es una forma de comunicación que será interesante tratar en otro momento y espacio.